

esta miseria, de este desastre, todos tenían un aspecto fiero, y aun al contemplar al enemigo daban algunos gritos de triunfo, aunque raros y excitados; porque en este ejército, capaz al mismo tiempo de análisis y de entusiasmo, cada cual juzgaba de la posición de todos...

»Bonaparte no pudo evaluar su victoria sino por los muertos. La tierra estaba de tal modo cubierta de franceses tendidos sobre los reductos, que más parecía pertenecerles a ellos que a los que quedaban en pie: parecía haber allí más vencedores muertos que vencedores vivos.

»En aquel montón de cadáveres, sobre los cuales era preciso marchar para seguir a Napoleón, el casco de un caballo chocó contra un herido, arrancándole el último signo de vida o de dolor. El emperador, hasta entonces mudo como su victoria, y a quien oprimía el espectáculo de tantas víctimas, montó en cólera, y se aplacó luego por gritos de indignación y por una porción de cuidados que hizo prodigar a este infeliz. Después dispersó a los oficiales que le seguían, para que socorriesen a los que se oían gritar por todas partes.

»Se encontraban principalmente en el fondo de los fosos, donde habían sido precipitados la mayor parte de los nuestros, y a donde muchos se habían arrastrado para ponerse al abrigo del enemigo y del huracán. Los unos pronunciaban gimiendo el nombre de su patria y de su madre: éstos eran los más jóvenes. Los más ancianos aguardaban la muerte con aire impasible o sardónico, sin implorar ni quejarse: otros pedían que los mataran al instante; mas huían rápidamente del lado de estos infelices, a quienes no tenían ni la inútil piedad de socorrer, ni la piedad cruel de acabar con su vida.»

Tal es la relación del señor de Segur. ¡Anatema a las victorias no logradas en la defensa de la patria, y que sólo sirven a la vanidad de un conquistador!

La guardia, compuesta de veinticinco mil hombres escogidos, no se comprometió en el Moscova; Bonaparte se negó a ello, con diversos pretextos. Contra su costumbre, estuvo lejos del fuego, y no podía seguir con sus propios ojos las maniobras. Sentado o paseándose cerca de un reducto tomado la víspera, cuando llegaban a anunciarle la muerte de algunos de sus generales, hacía un gesto

de resignación. Se miraba con sorpresa esta impasibilidad, y Ney exclamaba: «¿Qué hace detrás del ejército? Ahí sólo puede alcanzar reveses y no triunfos: y, puesto que ya no hace la guerra por sí mismo, que ya no es general, que sólo quiere hacer por todas partes el emperador, que se vuelva a las Tullerías y nos deje ser generales por él.» Murat confesaba que en esta gran jornada no había reconocido el genio de Napoleón.

MARCHA ADELANTE DE LOS FRANCESES. — ROSTOPCHIN. — BONAPARTE EN EL MONTE DE LA SALVACIÓN. — VISTA DE MOSCOU.—ENTRADA DE NAPOLEÓN EN KREMLÍN. — INCENDIO DE MOSCOU. — BONAPARTE LLEGA CON DIFICULTAD A PETROWSKI. — ESCRITO DE ROSTOPCHIN. — RESIDENCIA EN LAS RUINAS DE MOSCOU. — OCUPACIONES DE BONAPARTE.

Entre el Moscova y Moscou comprometió Murat una acción delante de Mojaisk. Al penetrar en la ciudad encontraron diez mil muertos o moribundos, que fueron arrojados por las ventanas para alojar a los vivos. Los rusos se replegaban en buen orden hacia Moscou.

En la noche del 13 de septiembre, Kutuzof reunió su consejo de guerra, en el cual declararon los generales que *Moscú no era la patria*. Buturlin (*Historia de la campaña de Rusia*), el mismo oficial que Alejandro envió al cuartel del duque de Angulema en España, y Barclay, en su *Memoria justificativa*, exponen los motivos que determinaron la opinión del consejo. Kutuzof propuso al rey de Nápoles un armisticio, mientras que los soldados rusos atravesarían la antigua capital de los zares. El armisticio fué aceptado, porque los franceses querían conservar la ciudad: sólo Murat estrechaba de cerca la retaguardia enemiga, y nuestros granaderos pisaban los talones a los granaderos rusos que se retiraban; pero Napoleón estaba lejos del triunfo que creía tocar: Kutuzof ocultaba a Rostopchin.

El conde Rostopchin era gobernador de Moscou. La venganza parecía bajar del cielo: un globo monstruoso, construido con mucho gasto, debía cernirse sobre el ejército francés, cogiendo al emperador en medio y caer sobre su cabeza en una lluvia de hierro y de fuego: en el ensayo se rompieron las alas del aparato, y fué preciso renunciar a la bomba

de las nubes; pero quedaron los artificios a Rostopchin. La noticia del desastre de Borodino había llegado a Moscou, en tanto que, por un boletín de Kutuzof, creían aun en la victoria en el resto del imperio. Rostopchin había hecho distintas proclamas en prosa rimada, y decía:

«¡Vamos, mis amigos moscovitas; marchemos también! Reuniremos cien mil hombres, llevaremos la imagen de la Santa Virgen, ciento cincuenta piezas de artillería, y pondremos fin a esto.»

Recomendaba a los habitantes que se armasen sencillamente de hoces, porque un francés no pesaba más que una yerba. Sabido es que Rostopchin declinó toda participación en el incendio de Moscou, y también que Alejandro no se ha explicado nunca sobre este punto. ¿Ha querido Rostopchin ponerse a cubierto de los cargos de los nobles y comerciantes cuya fortuna había perecido? ¿Temió Alejandro ser llamado *un bárbaro* por el Instituto? Este siglo es tan miserable, y Napoleón había acaparado de tal modo todas las grandezas, que cuando sucedía alguna cosa digna, todos negaban su participación en ella y rechazaban la responsabilidad.

El incendio de Moscou será siempre una resolución heroica que salvó la independencia de un pueblo y contribuyó a la libertad de otros muchos. Numancia no ha perdido su derecho a la admiración de los hombres. ¿Qué importa que Moscou haya sido quemada? ¿No lo fué siete veces anteriormente? ¿No está hoy brillante y rejuvenecida, a pesar de que el boletín de Bonaparte predijera que *el incendio de esta capital retrasaría la Rusia cien años*? «La misma desgracia de Moscou—dice admirablemente madama de Staël—ha regenerado el imperio: esta ciudad religiosa ha sucumbido como un mártir cuya sangre derramada da nuevas fuerzas a los hermanos que le sobreviven.» (*Diez años de destierro*).

¿Dónde estarían las naciones, si Napoleón, desde lo alto del Kremlin, hubiera cubierto al mundo con su despotismo; como en un paño mortuorio? Los derechos de la especie humana son antes que todo; para mí, aun cuando la tierra fuese un globo de explosión, no vacilaría en prenderle fuego si se tratase de libertar a mi país. Sin embargo, se necesitan nada menos que los intere-

ses superiores de la libertad humana para que un francés, cubierta la cabeza con un crespón y con los ojos llenos de lágrimas, pueda resolverse a referir una resolución que debía ser fatal a tantos franceses.

Se ha visto en París al conde de Rostopchin, persona instruída y de talento; en sus escritos se oculta el pensamiento bajo ciertas bufonadas: especie de bárbaro ilustrado, de poeta irónico y aun depravado, capaz de empresas generosas, al mismo tiempo que despreciaba a los pueblos y a los reyes: las iglesias góticas admiten en su grandeza decoraciones grotescas.

La confusión empezaba a reinar en Moscou; los caminos de Cazán estaban cubiertos de fugitivos a pie, en carruajes, aislados o acompañados de servidores. Un presagio había reanimado momentáneamente los ánimos: un buitre se había enredado en las cadenas que sostenían la cruz de la iglesia principal; Roma, como Moscou, hubiera considerado este presagio como el cautiverio de Napoleón.

Al presentarse los inmensos convoyes rusos a las puertas, se desvaneció toda esperanza. Kutuzof había lisonjeado a Rostopchin con defender la ciudad con los noventa y un mil hombres que le quedaban; pero ya hemos visto que el consejo de guerra le obligaba a retirarse. Rostopchin se quedó solo.

Al llegar la noche, unos emisarios van llamando misteriosamente a las puertas, y anuncian que es preciso partir, y que Nínive está sentenciada. Materias inflamables son introducidas en los edificios públicos, en las tiendas, y en las casas particulares, llevándose las bombas. Entonces ordena Rostopchin abrir las cárceles: de en medio de un inundo montón se hace salir un ruso y un francés: el ruso perteneciente a una secta de iluminados alemanes, estaba acusado de haber querido entregar su patria y de haber traducido la proclama de los franceses. Su padre acude, y el gobernador le concede un momento para bendecir a su hijo. «¡Yo bendecir a un traidor!», exclama el viejo moscovita: y le maldice. El preso es entregado al furor del populacho.

«—Pero tú—dice Rostopchin al francés—, que debías desear la llegada de tus compatriotas, sé libre, y ve a contar a los tuyos que Rusia no ha tenido más que un traidor, y que ya ha sido castigado.»

Los otros malhechores puestos en libertad reciben con su gracia las instrucciones para proceder al incendio cuando la hora haya llegado. Rostopchin sale el último de Moscou como un capitán de navío es el último en abandonar su barco en un naufragio.

Napoleón había alcanzado a su vanguardia: una altura quedaba por salvar, altura que tocaba a Moscou del mismo modo que Montmartre toca a París, llamada el *Monte de la salvación*, porque los rusos oraban allí, a la vista de la ciudad santa, como los peregrinos al divisar a Jerusalén. Moscou con sus *cúpulas doradas*, dicen los poetas eslavos, resplandecía a la luz del sol con sus doscientas noventa y cinco iglesias, sus mil quinientos palacios, sus casas cinceladas y pintadas de amarillo, verde o rosa; únicamente faltaban los cipreses y el Bósforo. El Kremlin formaba parte de esta masa cubierta de hierro bruñido o pintado. En medio de elegantes casas de campo de ladrillo o de mármol, el Moscouva corría entre bosques de pinos, palmeras de este cielo. Venecia, en los días de su gloria, no fué más brillante en las orillas del Adriático. El 14 de septiembre, a las dos de la tarde, fué cuando Napoleón, con un sol adornado de los diamantes del polo, distinguió su nueva conquista. Moscou, como una princesa europea en los confines de su imperio, adornada con todas las riquezas del Austria, parecía llevada allí para desposarse con el emperador.

Levántase una aclamación unánime. «¡Moscou, Moscou!», exclaman nuestros soldados, y baten palmas: en la época de la antigua gloria, gritaban en los reveses o en la prosperidad: *¡viva el rey!* «Fué un hermoso momento—refiere el teniente coronel Bandus—aquél en que el magnífico panorama presentado por el conjunto de esta ciudad inmensa se ofreció de repente a mis ojos. Siempre me acordaré de la emoción que se manifestó en las filas de la división polaca, y me llamó tanto más la atención, cuanto que se manifestaba por medio de un movimiento impregnado de una idea religiosa. Al distinguir Moscou, los regimientos enteros se hincaron de rodillas, dando gracias al Dios de los ejércitos por haberlos conducido con la victoria a la capital de su enemigo más encarnizado.»

Las aclamaciones cesan, y se dirigen mudos hacia la ciudad: ninguna diputación sale por sus puertas para presentar

las llaves en una bandeja de plata, todas las señales de vida estaban suspendidas en la gran ciudad. Moscou vacilaba silenciosa ante el extranjero, y tres días después había desaparecido. La circasiana del Norte, la bella desposada, se había tendido sobre su fúnebre pira.

Napoleón la contempla, y, dirigiéndose a ella, exclama: «¡Hela allí, esa ciudad famosa!»: Moscou, abandonada, se parecía a la ciudad llorada en *Las Lamentaciones*. Ya Eugenio y Poniatowski han penetrado en las murallas, y algunos oficiales que han andado por la ciudad vuelven, diciendo al emperador: «¡Moscou está desierta!» «¿Moscou desierta? ¡Eso es inverosímil! Que me traigan los boyardos.» No hay boyardos, sólo quedan algunos pobres que se ocultan, calles abandonadas, ventanas cerradas, y ni el más ligero humo sale por los cañones de las chimeneas, por donde pronto saldrán torrentes de él. Ningún rumor se advierte. Bonaparte se encoge de hombros.

Habiéndose adelantado Murat hasta el Kremlin, es recibido allí por los gritos de los presos puestos en libertad para librar a su patria. Fué preciso echar abajo las puertas a cañonazos.

Napoleón se dirigió a la puerta de Dorogomilow, y deteniéndose en una de las primeras casas del arrabal, hizo una correría a orillas del Moscouva, sin encontrar a nadie, y volvió a su alojamiento para nombrar al mariscal Mortier gobernador de Moscou, al general Durosnel comandante de la plaza, y al señor de Lesseps, encargado de la administración, en calidad de intendente. La guardia imperial y las tropas estaban vestidas de gala para presentarse ante un pueblo ausente. Pronto supo Bonaparte que la ciudad estaba amenazada de algún suceso: a las dos de la mañana van a comunicarle que comienza el fuego, y el vencedor sale del arrabal de Dorogomilow, y corre a guarecerse al Kremlin: esto ocurría la mañana del 15. Bonaparte experimentó un momento de alegría al penetrar en el palacio de Pedro el Grande: su orgullo satisfecho escribió algunas palabras a Alejandro alumbrado por el resplandor del bazar, que comenzaba a arder, como en otro tiempo Alejandro, vencido, le escribió un billete desde el campo de Austerlitz.

Al principio se contiene el incendio; pero la segunda noche estalla por todas partes. Una brisa violenta empuja las

chispas y lanza las mechas encendidas sobre el Kremlin, donde existía un almacén de pólvora y un parque de artillería que habían dejado al pie mismo de las ventanas de Napoleón. De barrio en barrio son arrojados nuestros soldados por las llamas del volcán. Gorgonas y Medusas con la antorcha en la mano, recorren las encrucijadas lívidas de este infierno, y otras van afizando el fuego con increíble furia. El emperador, en los salones de la nueva Pérgamo, se precipita a las ventanas y exclama: «¡Qué resolución tan extraordinaria! ¡Qué hombres! ¡Son escitas!»

Se esperece el rumor de que el Kremlin está minado: todo comienza a abrasarse, y la torre del Arsenal, semejante a un enorme cirio, arde en medio de un santuario incendiado. El Kremlin no es ya más que una isla negra, contra la cual se estrella un ondulante mar de fuego. Reflejando el cielo la iluminación, se ve como atravesado por las claridades móviles de una aurora boreal.

Al llegar la tercera noche, apenas se respiraba en medio de un vapor sofocante: dos veces fijaron mechas encendidas en el edificio que ocupaba Napoleón. ¿Cómo huir? Las llamas bloquean las puertas de la ciudadela, y rebuscando por todas partes, descubren una porterna que daba sobre el Moscouva. El vencedor con su guardia huye por este agujero de salvación. En la ciudad, las bóvedas se hunden mugiendo, y los campanarios, de donde corren torrentes de metal líquido, se inclinan, se desprenden de su base, y caen. Todo cruje, se rompe en astillas y se derrumba, se abisma en un Flegetón, cuyo cristal ardiente hace saltar millones de chispas de oro. Bonaparte escapa, marchando sobre los carbones ya fríos de un barrio reducido a cenizas, y llega a Petrowski, ciudad del zar.

El general Gourgaud, criticando la obra del señor de Segur, acusa al oficial de órdenes del emperador de haberse equivocado: en efecto, está demostrado por la redacción del señor de Baudus, ayudante de campo del mariscal Bessieres, y que él mismo sirvió de guía a Bonaparte, que éste no se evadió por una porterna, sino que salió por la puerta principal del Kremlin. Desde la orilla de Santa Elena volvió a ver Napoleón quemarse la ciudad de los escitas: «Nunca—dijo—, y a despecho de la poesía, las fic-

ciones del incendio de Troya igualarán la realidad del de Moscou.»

Recordando posteriormente esta catástrofe, escribe Bonaparte: «*Mi ángel malo se me apareció, y anunció mi fin, que he encontrado en la isla de Elba.*» Kutuzof se dirigió primero hacia el Oriente, y luego torció al Mediodía. Llegó a Voronowo, posesión del conde Rostopchin, y apenas había distinguido la soberbia morada, se sumerge en el torrente de nueva conflagración. En la puerta de hierro de una iglesia se leía este escrito: *Scritta morta*, de mano del propietario: «Durante ocho años he embellecido esta campiña, y en ella he vivido feliz en el seno de mi familia; los habitantes de esta tierra, en número de mil setecientos veinte, la abandonan al acercarse, y yo pongo fuego a mi casa para que no sea manchada con vuestra presencia. Franceses, os he abandonado mis dos casas de Moscou, y su mobiliario de millón y medio de rublos: aquí sólo encontraréis cenizas.—ROSTOPCHIN.»

Napoleón había admirado en el primer momento los fuegos y los escitas como un espectáculo presentado a su imaginación; pero pronto le enfrió el mal que causaba esta catástrofe, haciéndole volver a sus imperiosas diatribas. Al enviar la carta de Rostopchin a Francia, añade: «Parece que Rostopchin está loco, y los rusos le miran como una especie de Marat.» El que no comprende la grandeza en los otros, no comprenderá la suya cuando sea llegado el tiempo de los sacrificios.

Alejandro supo sin abatimiento su adversidad. «¿Retrocederemos nosotros—escribía en sus instrucciones circulares—, cuando Europa nos alienta con sus miradas? Sirvámosla de ejemplo, saludando la mano que nos escoge para ser la primera de las naciones en la causa de la virtud y de la libertad.» Seguía una invocación al Altísimo.

Salió Napoleón de Moscou en la noche del 15 de septiembre y volvió el 18. Al volver encontró hogueras encendidas sobre el fango, alimentadas con ricos muebles y artesonados dorados. Alrededor de ellas, al aire libre, estaban militares ennegrecidos, derrotados, haraposos, acostados sobre canapés de seda, o sentados en sillones de terciopelo, sirviéndoles alfombra sobre el barro, chales de chemira, pieles de Siberia, tejidos de oro de Persia, y comiendo en platos de plata

una pasta negra o la carne sanguinolenta del caballo.

Había comenzado un pillaje irregular, que se consiguió regularizar; cada regimiento tuvo su turno. Campesinos, echados de sus barracas, y cosacos desertores, rodaban alrededor de los franceses, y alimentándose de lo que nuestras compañías habían ya roído. Se llevaban todo lo que podían coger, pero pronto, sobrecargados con estos despojos, los arrojaban al acordarse que estaban a seiscientos leguas de sus hogares.

Las correrías que se efectuaban para buscar víveres producían escenas patéticas: una compañía francesa conducía una vaca; una mujer, acompañada de un hombre, que llevaba en sus brazos un niño de algunos meses, se adelantó señalando con el dedo la vaca que acababan de robarle. La madre desgarró las miserables ropas que cubrían su pecho para demostrar que ya no tenía leche, y el padre hizo un movimiento, como si hubiera querido estrellar contra una piedra la cabeza de la criatura. El oficial mandó devolver la vaca, y añade: «El efecto que esta escena produjo en mis soldados fué tal, que por mucho tiempo no se habló de ella en las filas.»

Bonaparte había cambiado de sueño, y declaraba que quería marchar hacia San Petersburgo: ya trazaba el camino sobre sus mapas, y explicaba la excelencia de un nuevo plan y la seguridad de entrar en la segunda capital del imperio. «¿Qué tiene que hacer ya en estas ruinas? ¿No basta a su gloria haber subido al Kremlin?» Estas eran las nuevas quimeras de Napoleón: el hombre tocaba a la locura, pero sus sueños eran aún los de un espíritu insensato.

«Sólo distamos quince marchas de San Petersburgo—dice el señor Fain—; Bonaparte piensa caer sobre esta capital.» En vez de quince marchas, en aquella época, y en semejantes circunstancias, era preciso decir dos meses. El general Gourgaud añade que todas las noticias que se recibían de San Petersburgo denotaban el miedo que se tenía al movimiento de Napoleón. Es cierto que en San Petersburgo no se dudaba del triunfo del emperador si se presentaba; pero también se preparaba a dejarle un segundo armazón de ciudad, y se disponían a la retirada sobre Arjangel. No se somete una nación, cuya última fortaleza es el polo. Además, penetrando en el Báltico las escuadras inglesas

en la primavera, habrían reducido la toma de San Petersburgo a una simple destrucción.

Pero en tanto que la imaginación sin freno de Bonaparte jugaba con la idea de un viaje a San Petersburgo, no dejaba de ocuparse seriamente en la idea contraria; su fe en su esperanza no era tal que le quitase todo buen sentido. Su propósito dominante era llevar a París una paz firmada en Moscou. De este modo se desembarazaba de los peligros de la retirada, habría llevado a cabo una brillante conquista, y podría entrar en las Tullerías con el ramo de olivo en la mano. Después del primer billete que había enviado a Alejandro al llegar al Kremlin, no había desperdiciado ninguna ocasión de renovar sus insinuaciones. En una conversación que tuvo con un oficial general ruso, el señor de Toutelmine, subdirector del hospicio de expósitos de Moscou, hospicio salvado milagrosamente del incendio, deslizó frases favorables a un acomodo. Por medio del señor Jacowlef, hermano del antiguo ministro ruso en Stuttgart, escribió directamente a Alejandro, obligándose aquél a entregar la carta al zar sin intermediario. En fin, el general Lauriston fué enviado a Kutuzof, que prometió sus buenos oficios para una negociación pacífica, pero rehusó entregar al general Lauriston un salvoconducto para San Petersburgo.

Napoleón estaba persuadido siempre de que ejercía sobre Alejandro el imperio que había ejercido en Tilsit y en Erfurt, y, no obstante, Alejandro escribía el 21 de octubre al príncipe Miguel Larcanowitz: «He sabido con bastante descontento que el general Benningsen ha tenido una entrevista con el rey de Nápoles...
...Todas las determinaciones de las órdenes que os dirijo deben convenceros de que mi resolución es inalterable, y que en este momento ninguna proposición del enemigo podría determinarme a terminar la guerra, debilitando de este modo el deber sagrado de vengar la patria.»

Los generales rusos abusaban del amor propio y sencillez de Murat, comandante de la vanguardia: queriendo corresponder a la afición de los cosacos, pedía prestados dijes a sus oficiales para hacer presentes a sus cortesanos del Don. Los generales rusos, lejos de desear la paz, la temían. Para la venganza, sólo se tra-

taba de ganar un mes, y esperar los primeros hielos: los votos de la cristiandad moscovita rogaban al cielo que apresurase sus tempestades.

El general Wilson, en calidad de comisario inglés en el ejército ruso; había llegado después de haberse encontrado ya en Egipto, en el camino de Napoleón. Fabvier, por su parte, había vuelto de nuestro ejército del Mediodía al del Norte, y el inglés excitaba a Kutuzoff al ataque, pues sabían que no eran buenas las noticias llevadas por Fabvier. Desde los dos extremos de Europa, las dos únicas naciones que combatían por su libertad, se daban la mano por encima de la cabeza del vencedor en Moscou. La contestación de Alejandro no llegaba; las estafetas de Francia se retardaron; la inquietud de Bonaparte iba en aumento, y los paisanos decían a nuestros soldados: «Vosotros no conocéis nuestro clima; en un mes el frío hará que se os caigan las uñas.» Milton, cuyo gran nombre todo lo engrandece, se expresa así candidamente en su *Moscovia*: «Hace tanto frío en este país, que la savia de los troncos puestos al fuego se hiela al salir por el extremo opuesto a aquel que arde.»

Conociendo Bonaparte que un paso retrógrado disipaba el prestigio y hacía desvanecer el terror de su nombre, no podía resolverse a retroceder; a pesar de la advertencia del próximo peligro, se quedaba esperando de minuto en minuto respuestas de San Petersburgo. El que había mandado con tantos ultrajes, suspiraba ahora por algunas palabras miséridiosas del vencido. En el Kremlin se ocupó de un reglamento para la Comedia Francesa, empleando tres noches en concluir esta majestuosa obra; discutió con sus ayudantes de campo el mérito de algunos versos nuevos llegados de París, y a su alrededor se admiraba la sangre fría del gran hombre, mientras que aun había heridos de los últimos combates expirando con dolores atroces, y que, por esta tardanza de algunos días, sacrificaba a la muerte los cien mil hombres de que aún disponía. La servil estupidez del siglo pretendía hacer pasar esta lastimosa afectación por la concepción de un espíritu incommensurable.

El emperador visitó los edificios del Kremlin. Bajó y subió la escalera sobre la cual hizo degollar Pedro el Grande a los strelitz; recorrió la sala de los festines donde Pedro se hacía conducir los

prisioneros, cuyas cabezas derribaba, poniendo a sus convidados, príncipes y embajadores, que se divertiesen lo mismo que él. Entonces fueron enrodados algunos hombres y enterradas vivas algunas mujeres; se ahorcaron dos mil strelitz, cuyos cuerpos quedaron colgados alrededor de las murallas.

En vez del reglamento sobre los teatros, Bonaparte hubiera hecho mejor escribiendo al senado conservador la carta que, desde las orillas del Pruth escribía Pedro al senado de Moscou: «Os participo que, engañado por falsos avisos, y sin que sea por culpa mía, me encuentro aquí encerrado en mi campo por un ejército cuatro veces más fuerte que el mío. Si sucede que me hacen prisionero, ya no tenéis que considerarme como vuestro zar y señor, ni hacer caso de ninguna orden que pudieran llevaros de parte mía, aun cuando reconozcáis en ella mi propia mano. Si debo morir, elegiréis por sucesor al más digno de entre vosotros.»

Un billete del emperador, dirigido a Cambacérés, contenía órdenes ininteligibles.

Deliberóse, y aunque la firma del billete contenía un nombre antiguo, habiéndose reconocido la letra de Bonaparte, se declaró que las órdenes ininteligibles debían ser ejecutadas.

El Kremlin contenía un doble trono para dos hermanos. Napoleón no participaba del suyo. Todavía se conservaba en las salas la parihuela rota de un cañonazo, sobre la cual se hacía conducir Carlos XII herido en la batalla de Pultava. Siempre vencido en el orden de los sentimientos magnánimos, al visitar Bonaparte los sepulcros de los zares, ¿recordó que en los días de fiesta eran cubiertos con paños mortuorios soberbios; que cuando algún súbdito tenía alguna gracia que pedir, colocaba su memorial sobre uno de estos sepulcros, y que sólo el zar tenía derecho de tomarlo de allí?

Estas quejas del infortunio, presentadas por la muerte al poder, no eran del gusto de Napoleón, quien se preocupaba de otras cosas. Mitad por deseo de engañar, mitad por naturaleza, pretendía, como al salir de Egipto, hacer ir comediantes de París a Moscou, y aseguraba que iba a llegar un cantante de Italia. Despojó los templos del Kremlin; cargó en sus acémilas ornamentos sagrados e imágenes de santos, con las medias lunas y las colas de caballos conquistadas

a los mahometanos. Se llevó la inmensa cruz de la torre del gran Iván con el proyecto de colocarla sobre la cúpula de los Inválidos. Mientras la arrancaban de su sitio, volaban alrededor algunas cornejas, y Bonaparte decía: «¿Qué me quieren estos pájaros?»

Se acercaba el momento fatal: Daru presentaba objeciones contra diversos proyectos que exponía Napoleón: «¿Pues qué partido tomar? — exclamó el emperador—. «Continuar aquí; hacer de Moscou un gran campo atrincherado; salar los caballos que no podemos alimentar, y esperar la primavera; nuestros refuerzos y la Lituania armada vendrán a libertarnos y a terminar la conquista.» «Ese es un consejo de león—replicó Bonaparte—; ¿pero qué diría París? Francia no se acostumbra a mi ausencia.» «¿Qué se dice de mí en Atenas?», preguntaba Alejandro.

La incertidumbre se apodera de él: ¿marchará? ¿Se quedará? No lo sabe. Sucédense algunas deliberaciones, y al fin, un combate empeñado en Winkovo el 18 de octubre le determina súbitamente a salir de las ruinas de Moscou con su ejército: este mismo día, sin aparato, sin ruido, sin volver la cabeza, y deseando evitar la ruta directa de Smolensk, se encamina por uno de los dos caminos de Kalouga.

RETIRADA. — SMOLENSK.—CONSECUENCIAS DE LA RETIRADA

Engañándose Bonaparte o tratando de engañar a los otros, escribió el 18 de octubre al duque de Bassano una carta, que refiere el señor Fain: «Para las primeras semanas de noviembre—decía—habré conducido mis ejércitos al cuadrado que existe entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witepsk. Me decido a este movimiento, porque Moscou no es ya una posición militar, y voy a buscar otra más favorable para el comienzo de mi próxima campaña. Las operaciones tendrán que dirigirse entonces sobre Petersburgo y sobre Kief.» Miserable desvergüenza, si sólo se trataba del pasajero refugio de una mentira; pero en Bonaparte, una idea de conquista, a pesar de la evidencia contraria de la razón, podía ser siempre una idea de buena fe.

Se caminaba hacia Malojaroslawetz, y a causa del embarazo de los bagajes y de los carros mal dispuestos de la artillería,

al tercer día de marcha aun se estaba a diez leguas de Moscou. Teníase la intención de adelantar a Kutuzof, y, en efecto, lo consiguió en Fominskoi la vanguardia del príncipe Eugenio. Aun quedaban cien mil hombres de infantería al principio de la retirada; la caballería era casi nula, excepto tres mil quinientos jinetes de la guardia. Habiendo alcanzado nuestras tropas el nuevo camino de Kalouga el día 21, entraron el 22 en Borowsk, y el 23 ocupó a Malojaroslawetz la división Delzons. El emperador estaba muy contento y se creía salvado.

La tierra tembló el 23 de octubre a la una y media de la mañana: ciento ochenta y tres mil libras de pólvora, que habían sido colocadas bajo las bóvedas del Kremlin, derrumbaron el palacio de los zares.

Después de este sordo mugido, se percibió un fuerte cañoneo al través del silencio en la dirección de Malojaroslawetz: tanto como Bonaparte había deseado oír este ruido al entrar en Rusia, tanto temía escucharlo a la salida. Un ayudante de campo del virrey anunció un ataque general de los rusos, y por la noche los generales Compans y Gerard llegaron en auxilio del príncipe Eugenio. Por ambas partes murieron muchos hombres; el enemigo consiguió ponerse a caballo en el camino de Kalouga, y cerrando así la entrada de la ruta intacta que se había esperado seguir. No quedaba otro recurso que caer de nuevo en el camino de Mojaisk y entrar en Smolensk por los antiguos senderos de nuestras desgracias; todavía se podía hacer esto, pues los pájaros del cielo no habían concluido de comerse lo que nosotros habíamos sembrado para no perder las huellas.

Napoleón se alojó por la noche en Ghorodnia, en una pobre casa, donde los oficiales, agregados a los diversos generales, no pudieron ponerse a cubierto. Se reunieron al pie de la ventana de Bonaparte, que no tenía puertas ni cortinas, y por la cual se veía salir una luz. Mientras los oficiales estaban en la mayor obscuridad por la parte de afuera, el emperador estaba sentado en su miserable cuarto, con la cabeza apoyada sobre las dos manos: Murat, Berthier y Bessieres, de pie a su lado, estaban silenciosos e inmóviles. No dió ninguna orden, y montó a caballo en la mañana del 25 para examinar la posición del ejército ruso.

Apenas había salido, cuando rodó has-

ta sus pies un pelotón de cosacos. La avalancha humana había atravesado el Luja y ocultádose a la vista en las laderas de los bosques. Todo el mundo echó mano a la espada, y el emperador también; y si estos merodeadores hubieran sido más audaces, Napoleón quedaba prisionero. Las calles de Malojaroslawetz, que había sido incendiado, estaban llenas de cuerpos partidos por medio y mutilados por las ruedas de la artillería que había pasado sobre ellos. Para continuar el movimiento sobre Kalouga, hubiera sido necesario dar una segunda batalla; pero el emperador no lo juzgó conveniente. Sobre este punto se ha suscitado una discusión entre los partidarios de Bonaparte y los amigos de los mariscales. ¿Quién dió el consejo de volver a tomar el primer camino recorrido por los franceses? Seguramente Napoleón: nada le costaba pronunciar una gran sentencia fúnebre, pues estaba acostumbrado a hacerlo.

De vuelta a Borowsk el 26, a la mañana siguiente, cerca de Vercia, fueron presentados al jefe de nuestros ejércitos el general Witzingerode y un ayudante de campo, el conde Nariskin, que habían sido sorprendidos al entrar demasiado pronto en Moscou. Napoleón se arrebata, y exclama fuera de sí: «¡Que fusilen a ese general! Es un desertor del reino de Wurtemberg, y pertenece a la Confederación del Rin.» Se deshace en invectivas contra la nobleza rusa, y termina con estas palabras: «Iré a San Petersburgo, y arrojaré esta ciudad en el Neva», y súbitamente manda quemar un castillo que se distinguía sobre una altura: el león herido acometía rabioso a cuanto le rodeaba.

Entretanto nos perseguía Kutuzof, aunque débilmente, Wilson apremiaba al general ruso para que obrase, y el general contestaba: «Dejad que venga la nieve.» Llegase el 29 de septiembre a las fatales colinas de Moscou, y un grito de dolor y de sorpresa se escapa de nuestro ejército. Se presentan inmensas carnicerías, ofreciendo a la vista cuarenta mil cadáveres medio consumidos. Grandes filas de esqueletos alineados parecían guardar aún la disciplina militar, y algunos de ellos, en una línea más avanzada, o colocados sobre las alturas, indicaban que habían sido capitanes o jefes. Por todas partes se veían armas rotas, tambores destrozados, pedazos de cora-

zas y uniformes, y estandartes desgarrados y dispersos entre troncos de árboles cortados a algunos pies del suelo por las balas: aquello era el gran reducto del Moscou.

En medio de aquella destrucción inmóvil se percibió una cosa en movimiento: un soldado francés, privado de sus dos piernas, se abría paso por entre aquellos cementerios que parecían haber vomitado sus entrañas. El vientre de un caballo, que una bomba había vaciado, sirvió de garita a este soldado, donde vivió royendo su vivienda de carne. Se servía de yesca para fajar sus huesos, y de la carne putrefacta de los muertos que estaban al alcance de su mano para curar sus llagas. El espantoso remordimiento de la gloria se arrastraba hacia Napoleón, pero Napoleón no lo esperaba.

Los soldados guardaban un profundo silencio; el frío, el hambre y el enemigo les hacía pensar en que pronto serían semejantes a los compañeros cuyos restos veían. Tan sólo se escuchaba la respiración agitada y el ruido del estremecimiento involuntario de los batallones que se retiraban.

Más allá se encontró la abadía de Kotoskoi, transformada en hospital: todos los recursos faltaban allí, y aun quedaba bastante vida para sentir la muerte.

Cuando llegó el emperador, se calentó con la madera de sus carros destrozados; y cuando el ejército volvió a ponerse en marcha, los agonizantes se levantaban, llegaban hasta el umbral de su último asilo, y tendían a los camaradas que les abandonaban, sus manos desfallecidas.

A cada momento resonaba la detonación de los arcones de municiones que se veían obligados a abandonar. Las vivanderos arrojaban a los enfermos en los fosos, y los prisioneros rusos, escoltados por extranjeros al servicio de Francia, eran despachados por sus guardias y asesinados de una manera uniforme. Bonaparte había llevado Europa consigo: en su ejército se hablaban todas las lenguas; todas las escarapelas, todas las banderas se veían en él. El italiano, obligado al combate, se había batido como un francés; el español había sostenido su fama de bravura. Nápoles y Andalucía no habían sido para ellos más que un dulce sueño. Se ha dicho que Bonaparte no fué vencido sino por Europa entera, y esto es justo; pero

se olvida que Napoleón no había vencido sino con el auxilio de Europa, de grado o por fuerza, aliada suya.

Rusia resistió sola a Europa guiada por Napoleón; Francia, ya sola y defendida por Napoleón, cayó bajo Europa; pero es necesario decir que Rusia estaba defendida por su clima, y que Europa no obedecía sino con trabajo a su señor. Francia, por el contrario, no estaba preservada ni por su clima ni por su población diezmada: sólo poseía su valor y el recuerdo de su gloria.

Indiferente a las miserias de sus soldados, Bonaparte únicamente se cuidaba de sus intereses; cuando acampaba, rodaba su conversación sobre ministros vendidos a los ingleses, los cuales eran los fomentadores de esta guerra, no queriendo confesar que él era el único que la motivaba. El duque de Vicenza, que se obstinaba en rescatar una desgracia por su noble conducta, exclamaba en medio de la adulación: «¡Qué crueldades tan atroces! ¡He aquí la civilización que traemos a Rusia!» A los increíbles dichos de Bonaparte hacía un gesto de cólera y de incredulidad, y se retiraba. El hombre que se ponía furioso a la menor contradicción sufría las durezas de Caulaincourt en expiación de la carta que en otro tiempo le había hecho llevar a Ettenheim. Cuando se ha cometido una acción reprochable, el cielo, en pena, hace que tengamos testigos; en vano los hacían desaparecer los antiguos tiranos, porque al bajar a los infiernos estos testigos entraban en el cuerpo de las furias y volvían.

Después de atravesar Gjatisk, llegó hasta Wiasma, y pasó adelante por no hallar al enemigo que temía encontrar allí; el 3 de noviembre llegó a Slawskowo, donde supo que se había trabado un combate detrás de sí, en Wiasma; este combate contra las tropas de Miloradowitch nos fué funesto, y nuestros soldados y oficiales heridos, con los brazos y la cabeza vendada, se arrojaban sobre los cañones enemigos por un milagro de valor.

Esta sucesión de combates en los mismos sitios; estas capas de muertos añadidas a las anteriores; estas batallas sobre batallas, hubieran immortalizado dos veces aquellos campos fatídicos, si el olvido no pasase rápidamente sobre nuestro polvo: ¿Quién piensa en aquellos campesinos abandonados en Rusia? ¿Aquellos rústicos están contentos de ha-

berse encontrado en la gran batalla al pie de los muros de Moscou? Tal vez yo únicamente, en las tardes de otoño, al ver volar en lo alto del cielo los pájaros del Norte, me acuerdo que han visto la tumba de nuestros compatriotas. Compañías industriales transportaron al desierto sus hornillos y calderas, y los esqueletos han sido convertidos en negro animal: que éste provenga del perro o del hombre, el barniz se vende al mismo precio, y no es menos brillante porque se haya sacado de la obscuridad o de la gloria. ¡He aquí el caso que hacemos ahora de los muertos! ¡He aquí los ritos sagrados de la nueva religión! *Dius Manibus*. Felices compañeros de Carlos XII, a vosotros no os han visitado estas hienas sacrílegas. Durante el invierno, el arriño frecuenta las nieves virginales, y durante el verano los musgos floridos de Pultava.

El 6 de noviembre (1812) el termómetro descendió a diez y ocho grados bajo cero, y todo desapareció bajo la blancura universal. Los soldados, descalzos, sintieron que se amortiguaban sus pies; sus dedos amoratados y tiesos dejaban escapar el fusil, y sus barbas y cabellos se erizaban con su aliento congelado: van cayendo, la nieve los cubre, y forman en el suelo pequeños surcos de tumbas. Ignórase cuál es el curso de los ríos, y se ven obligados a romper el hielo para saber a qué Oriente deben dirigirse. Extraviados en el desierto, los diferentes cuerpos hacen fuego por batallones para llamarse y conocerse, del mismo modo que los buques en peligro disparan el cañonazo de auxilio. Los pinos, cambiados en cristales inmóviles, se alzan acá y allá con sus copas de pompa fúnebre, y cuervos y traillas de perros blancos, vagabundos, siguen a distancia esta retirada de cadáveres.

Después de las marchas, era penoso verse obligado a adoptar precauciones, poner centinelas, ocupar puestos y colocar grandes guardias. En noches de diez y seis horas, soplando las ráfagas del Norte, no se sabía dónde sentarse ni acostarse; los árboles que se conseguían cortar, no se encendían, y apenas se podía derretir un poco de nieve para desleír una cucharada de harina. Apenas se habían tendido sobre el suelo desnudo, cuando hacían resonar el bosque los gritos de los cosacos, y zumbaba la artillería volante de nuestros enemigos: el ayuno de nuestras tropas era saludado

como el festín de los reyes, cuando se sientan a la mesa, y las balas rodaban sus panes de hierro en medio de los hambrientos convidados. Al amanecer, a quien no seguía la aurora, se oía el redoble de un tambor envuelto en hielo o el sonido ronco de una corneta; nada tan triste como esta diana fúnebre, llamando a las armas a guerreros a quienes no despertaba. Avanzando el día, iluminaba círculos de soldados tiesos y muertos en derredor de las hogueras expirantes.

Algunos vivos se levantaban y se dirigían hacia horizontes desconocidos, que, retrocediendo siempre, se desvanecían a cada paso en la bruma. Bajo un cielo que parecía cansado de las tempestades de la víspera, nuestras filas diezgadas atravesaban llanuras tras llanuras, bosques seguidos de bosques, y en los cuales el Océano parecía haber dejado pegada su espuma en las ramas de los árboles. Ni siquiera se encontraba en ellos aquel triste y pequeño pajarillo de invierno que canta, como yo, entre los arbustos deshojados.

Los grandes ejércitos rusos seguían al nuestro, que iba repartido en muchas divisiones, que se subdividían en columnas: el príncipe Eugenio mandaba la vanguardia, Bonaparte el centro y el mariscal Ney la retaguardia. Retardados por diversos obstáculos y combates, estos cuerpos no conservaban su exacta distancia; algunas veces se adelantaban los unos a los otros; otras marchaban en línea horizontal, y muchas sin verse y sin comunicarse por falta de caballería. Algunos naturales, montados en caballos pequeños, cuyas crines barrían el suelo, no dejaban descanso, ni día ni noche, a nuestros soldados embarazados entre la nieve. El paisaje había cambiado: donde antes se veía un riachuelo, ahora se encontraba un torrente suspendido en sus orillas escarpadas por cadenas de hielo. «En una sola noche—dice Bonaparte (papeles de Santa Elena)—perdimos treinta mil caballos y fué preciso abandonar casi toda la artillería, fuerte entonces de quinientas bocas de fuego. Careciendo de caballería, no podíamos hacer reconocimientos ni enviar una avanzada para explorar el camino. Los soldados perdían el valor y la razón. Cuatro o cinco hombres eran bastante para introducir el terror en un batallón entero. En vez de estar reunidos, erraban separados en busca de fuego, y los que eran enviados de exploradores, dejaban sus puestos y co-

rrían en busca de los medios para calentarse en las casas. Desbandados así y alejándose por todas partes, fácilmente caían presa del enemigo. Algunos se acostaban en el suelo, se dormían, arrojaban un poco de sangre por las narices, y se morían durmiendo. Millares de soldados perecieron. Los polacos salvaron algunos de sus caballos y parte de su artillería; pero los franceses y los soldados de las otras naciones no eran los mismos hombres. La caballería sufrió mucho sobre todo. De cuarenta mil soldados, no creo que hayan escapado tres mil.»

Y vos, que contáis esto bajo el hermoso cielo de otro hemisferio, ¿no érais más que el testigo de tantos males?

Aquel mismo día (6 de noviembre) en que el termómetro bajó tanto, llegó de Francia la primera estafeta que se había visto hacía mucho tiempo, llevando la mala noticia de la conspiración de Malet. Esta conspiración tuvo algo de prodigioso de la estrella de Bonaparte. Según la relación del general Gourgaud, lo que más impresión hizo en el emperador fué la prueba demasiado evidente de «que los principios monárquicos, en su aplicación a su monarquía, habían echado raíces tan poco profundas, que muchos funcionarios, a la noticia de la muerte del emperador, olvidaron que, habiendo muerto el soberano, otro estaba allí para sucederle.»

Bonaparte en Santa Elena (*Memorial de Las Cases*) refiere que había dicho en su corte de las Tullerías, hablando de la conspiración de Malet: «¡Y bien, señores! Suponíais haber acabado vuestra revolución; me creíais muerto; pero, ¿y el rey de Roma, y vuestros juramentos, y vuestros principios y doctrinas? ¡Me hacéis estremecer por el porvenir!» Napoleón razonaba lógicamente, pues se trataba de su dinastía: ¿habría encontrado el razonamiento tan justo si se hubiera tratado de la raza de San Luis?

Bonaparte supo el accidente de París en medio de un desierto, entre los restos de un ejército casi destruido, cuya sangre empapaba la nieve: los derechos de Napoleón, fundados en la fuerza, se anudaban en Rusia con su fuerza, en tanto que había bastado un solo hombre para ponerlos en duda en la capital: fuera de la religión, de la justicia y de la libertad, no hay derechos.

Casi al mismo tiempo que el emperador sabía lo ocurrido en París, recibía

una carta del mariscal Ney. Esta carta le daba parte de «que los mejores soldados se preguntaban:—¿Por qué habían de combatir ellos solos para asegurar la fuga de los otros; por qué el águila no protegía ya y mataba; por qué era necesario sucumbir por batallones, cuando ya no había más recurso que la fuga?»

Cuando el ayudante de campo de Ney quiso entrar en particularidades aflictivas, Napoleón le interrumpió: «Coronel, yo no os pregunto detalles.» Esta expedición de Rusia era una verdadera extravagancia, que habían criticado todas las autoridades civiles y militares del imperio: los triunfos y los dolores que recordaba el camino de retirada agriaban y desalentaban a las tropas, y en este camino andado y desandado podía también Napoleón encontrar la imagen de las dos partes de su vida.

El 9 de noviembre llegaron a Smolensk. Una orden de Bonaparte había prohibido que entrase nadie antes de que los puestos hubieran sido entregados a la guardia imperial. Los soldados que estaban fuera de la ciudad afluyeron al pie de las murallas, y los de adentro se mantuvieron encerrados. El aire resonaba con las imprecaciones desesperadas de los de afuera, vestidos con asquerosas levitas de cosacos, con capotes remendados, con mantas de cama o de caballo. Con el rostro lívido y los ojos sombríos, miraban a lo alto de las murallas, rechinando los dientes, y teniendo el aspecto de aquellos prisioneros mutilados que en tiempo de Luis el Gordo llevaban en su mano derecha su mano izquierda cortada; se les habría tomado por máscaras furiosas, o por enfermos dementes escapados de un hospital. Llegaron la joven y la antigua guardia, penetrando en la plaza incendiada a nuestro primer paso. Entonces prorrumpieron en gritos contra la tropa privilegiada. Aquellas cohortes famélicas corrieron tumultuosamente a los almacenes como una insurrección de espectros, siendo rechazadas y batidas, quedando los muertos en las calles, y las mujeres, niños y moribundos sobre las carretas. El aire estaba infestado de la corrupción de una porción de cadáveres antiguos: algunos militares eran atacados de imbecilidad o de locura, y otros, cuyos cabellos se habían erizado, caían muertos, blasfemando o riendo con una risa estúpida. Bonaparte desahogó su

cólera contra un miserable proveedor impotente, cuyas órdenes no se habían ejecutado.

El ejército de cien mil hombres, reducido a treinta mil, iba seguido por una banda de cincuenta mil rezagados, y ya sólo se contaban mil ochocientos jinetes montados cuyo mando dió Bonaparte al señor de Latour-Maubourg. Este oficial, que mandaba los coraceros en el asalto del gran reduto de Borodino, sacó la cabeza partida de sablazos y después perdió una pierna en Dresde. Al ver a su doméstico que lloraba, le dijo: «¿De qué te quejas? De este modo no tendrás que limpiar más que una bota.» Este general, fiel a la desgracia, ha sido el ayo de Enrique V en los primeros años del destierro del joven príncipe: yo me quito el sombrero al pasar por delante de él, como al pasar por delante del honor.

Forzosamente hubieron de permanecer en Smolensk hasta el 14. Napoleón ordenó al mariscal Ney que se concertase con Davout para desmembrar la plaza, destruyéndola con minas: luego se dirigió a Krasnoi, donde se estableció el 16, después que esta estación hubo sido saqueada por los rusos. El enemigo estrechaba su círculo, y el gran ejército, llamado de la Moldavia, estaba en las inmediaciones, preparándose a atacarnos y arrojarnos en el Beresina.

El resto de nuestras tropas disminuía de día en día. Instruido Kutuzof de nuestras miserias, no se movía: «¡Salid un solo momento de vuestro cuartel general—exclamaba Wilson—; avanzad a las alturas, y veréis llegado el último instante de Napoleón! Rusia reclama esta víctima; heridla; una carga será suficiente, y en dos horas habrá cambiado toda la faz de Europa.»

Esto era cierto; pero de este modo sólo Napoleón hubiera sido herido particularmente, y Dios quería hacer pesar su mano sobre Francia.

Kutuzof replicó: «Yo hago que mis soldados descansan cada tres días, y me avergonzaría si el pan les faltase un solo momento. Yo voy escoltando al ejército francés, mi prisionero, y le castigo siempre que quiere detenerse o alejarse del camino real. El fin del destino de Napoleón está marcado irrevocablemente: en los pantanos del Beresina es donde se extinguirá el meteoro en presencia de todos los ejércitos rusos. Yo les habré en-

tregado a Bonaparte debilitado, desarmado, moribundo, y esto es bastante para mi gloria.»

Bonaparte había hablado del *viejo* Kutuzof con ese desdén insultante que era en él tan peculiar: el *viejo* Kutuzof, a su vez, le volvía desprecio por desprecio.

El ejército de Kutuzof estaba más impaciente que su jefe: los mismos cosacos decían: «¿Se dejará que estos esqueletos salgan de sus tumbas?»

Entre tanto no se veía llegar el cuarto cuerpo que debió salir de Smolensk el 15 y unirse con Napoleón el 16 en Krasnoi: las comunicaciones estaban cortadas, y el príncipe Eugenio, que mandaba la retaguardia, intentó inútilmente restablecerlas; todo lo que pudo hacer fué llamar la atención de los rusos, y operar entre tanto su unión con la guardia en Krasnoi: pero los mariscales Ney y Davout no parecían.

Entonces encontró súbitamente Napoleón su genio: con un bastón en la mano, sale de Krasnoi el 17 a la cabeza de su guardia, reducida a trece mil hombres, para hacer frente a innumerables enemigos, desembarazar el camino de Smolensk y abrir un paso a los dos mariscales. Esta acción no la degeneró sino por una frase poco proporcionada a su máscara: «Bastante ha hecho ya el emperador; ya es tiempo que haga el general.» Enrique IV había dicho al salir para el sitio de Amiens: «Bastante ha hecho ya el rey de Francia; ya es hora de que haga el rey de Navarra.» Las alturas inmediatas a cuyo pie marchaba Napoleón, se coronaban de artillería y podían a cada instante destrozarlo; pero echando una ojeada, dice: «¡Que un escuadrón de mis cazadores se apodere de ellos!» Los rusos no tenían más que dejarse caer para arrollarlo; pero a la vista de este gran hombre y de los restos de la guardia formada en cuadro, permanecieron inmóviles y como fascinados; su mirada detuvo a cien mil soldados sobre las colinas.

Con motivo de la acción de Krasnoi, Kutuzof fué honrado en San Petersburgo con el apodo de Smolensk: aparentemente por no haber lesesperado, bajo el bastón de Bonaparte, de la salvación del imperio.

PASO DEL BERESINA. — JUICIO SOBRE LA CAMPAÑA DE RUSIA. — ÚLTIMO BOLETÍN DEL GRAN EJÉRCITO. — VUELTA DE BONAPARTE A PARÍS. — ARENGA DEL SENADO.

Después de este inútil esfuerzo, Napoleón volvió a pasar el Dniéper el 19, y fué a acampar en Orcha, donde quemó los papeles que había llevado para escribir su vida en los ratos aburridos del invierno, si Moscou, al quedar en pie, le hubiera permitido establecerse en él. Se vió obligado a arrojar en el lago de Semlewo la enorme cruz de San Juan, que los cosacos han encontrado después y colocado sobre la torre del gran Iván.

En Orcha eran muy grandes las inquietudes: a pesar de la tentativa de Bonaparte para abrir un paso al mariscal Ney, éste no parecía todavía, hasta que, al fin, se recibieron noticias suyas en Baranni: Eugenio había conseguido alcanzarlo. El general Gourgaud refiere el placer que Napoleón experimentó, si bien los boletines y relaciones de los amigos del emperador se expresan con una reserva celosa sobre todos los hechos que no tienen una relación directa con él. La alegría del ejército fué muy breve, pues se pasaba de peligro en peligro. Napoleón caminaba de Kokhanow a Tolozcim, cuando un ayudante de campo le anunció la pérdida de la cabeza del puente de Borisow, tomado por el ejército de Moldavia al general Dombrowski. El ejército de Moldavia, fué sorprendido a su vez por el duque de Reggio en Borisow, retirándose detrás del Beresina después de haber destruído el puente. Tchitchagof se encontraba de esta manera enfrente de nosotros, del otro lado del río.

El general Corbineau, comandante de una brigada de nuestra caballería ligera, guiado por un paisano, había descubierto, por bajo de Borisow, el vado de Vesselovo. Con esta noticia, el emperador hizo salir en la noche del 24 a Bobre de Eblé y Chasseloup con los pontoneros y zapadores, que llegaron a Stoudianka, sobre el Beresina, al vado indicado.

Se tienden dos puentes sobre el río: a la orilla opuesta acampaba un ejército de cuarenta mil rusos. ¡Cuál no sería la sorpresa de los franceses cuando al nacer el sol vieron la ribera desierta, y la retaguardia de la división de Tchaplitz en plena retirada! No podían creer lo que